

RELACIONES DE LOS REINOS HISPÁNICOS DEL OCCIDENTE PENINSULAR Y EL MAGREB EN LA EDAD MEDIA

Felipe Maíllo Salgado
Universidad de Salamanca

INTRODUCCIÓN

Los países hispánicos cristianos van a tener una política propiamente dicha en el Magreb y acuerdos diplomáticos a partir del siglo XIII, antes incluso de que comiencen las grandes conquistas de los reyes cristianos peninsulares a expensas del territorio andalusí. En el pasado las relaciones con el mundo árabe-islámico se habían centrado en la propia península Ibérica y habían sido por lo general de naturaleza guerrera, sin que por ello dejaran de penetrar influencias y productos comerciales de todo tipo en los países cristianos, ya que unos pueblos que se enfrentan durante siglos aprenden a conocerse razonablemente bien y a apreciar lo que el otro tiene de mejor. Ahí están para probarlo las palabras de origen árabe (unas 200 antes del año 1000) que se registran en los documentos en un latín casi romance. Este fenómeno de prestación –que viene motivado en esencia por hechos de hegemonía cultural y por concomitantes factores de prestigio, así como por nuevas realidades de la vida material- suele ser con frecuencia expresión del cambio, que por lo regular viene acompañado de manifestaciones de aculturación.

Se puede decir que después de la victoria cristiana de las Navas de Tolosa, en 1212, y con el fin del reinado del cuarto califa almohade, al-Nasir, en 1213, la coyuntura se modifica. El Islam occidental, tanto en al-Andalus como en el Magreb se va a desgarrar territorialmente por las disensiones de los pretendientes y de los partidos que los apoyan, entrando el imperio en una larga inestabilidad. Mientras que en la Península los reinos separados de Castilla y de León, desde 1157, van a unirse de forma definitiva en 1230. Portugal por su lado acabará con la conquista de su solar patrio a mediados del siglo XIII, empezando a mirar cada vez con más insistencia hacia la orilla africana.

Es ahora cuando se entablan entre uno y otro lado del Estrecho relaciones de mayor calado: político-diplomáticas, militares, religiosas y, por supuesto, comerciales. Ciertamente es que en materia de comercio los catalanes tuvieron preponderancia. Aun así, las relaciones comerciales de los reinos cristianos occidentales no faltaron, a pesar de ser mucho peor conocidas que las mantenidas por el reino de Aragón con el Magreb.

I. LAS MILICIAS CRISTIANAS EN EL MAGREB COMO ELEMENTO DE RELACIÓN ENTRE LA PENÍNSULA Y EL NORTE DE ÁFRICA (siglos XIII y XIV)

Durante el reinado del monarca niño Enrique I de Castilla (1214-1217), hijo del vencedor de las Navas Alfonso VIII, bajo la tutela de su hermana Berenguela -antes que sobrevenga la desaparición del califato almohade en la segunda mitad del siglo XIII, luego de decenios de inestabilidad y fragmentación, y se formen los estados musulmanes que se repartirán el imperio- fue negociado un tratado de paz con el joven y quinto califa almohade al-Mustansir (1213-1224), por una embajada castellana enviada a Salé en 1215¹.

A partir de entonces, y merced a esta clase de tratados, empiezan a aparecer en el territorio del actual Marruecos milicias cristianas a sueldo del califa, justo en el momento en que los benimerines, con el jeque ‘Uṭman b. ‘Abd al-Haqq, penetran en Marruecos desde Argelia occidental hacia 1216. Estas tropas mercenarias son de signo distinto a aquellas otras empujadas por los almorávides que, en su mayor parte estaban formadas por cristianos deportados de al-Andalus, aunque también por otros grupos de gentes conocidos en las crónicas árabes como *Banu Farjan* o *farjan* (farfanés); todo parece indicar que éstos eran mercenarios cristianos más que mozárabes², al servicio de los que en teoría eran los enemigos principales de la cristiandad, obviamente, a cambio de una contraprestación económica.

Sabido es que ‘Abd al-Mu’min (1130-1163), el primer califa almohade, cuando tomó Marrakech y acabó con el poder almorávide -cuyo último valedor había sido Reverter, otrora vizconde de Barcelona, que llegó a ser jefe supremo del ejército almorávide desde 1132 a 1144, cayendo finalmente en combate frente a los almohades- lo primero que hizo fue, tras la consabida matanza, exigir la conversión al islam o la repatriación de miles de cristianos, muchos de los cuales volvieron a sus lares hispanos, tanto descendientes de mozárabes, como mercenarios peninsulares de reciente venida al Magreb. Sabemos que varios miles de ellos se aposentaron en Toledo en un primer momento³. Naturalmente que los mercenarios que se hicieron musulmanes o que ya lo eran, como uno de los hijos de Reverter, Abu-l-Hasan b. Reverter, fueron alistados en las fuerzas almohades.

No tuvieron los mismos escrúpulos los califas que sucedieron al primer almohade, su hijo Yusuf Abu Ya‘qub (1163-1184) y luego Ya‘qub Abu Yusuf al-Mansur (1184-1199), su nieto, ambos reclutaron milicias cristianas para sus ejércitos. Entre ellos contaron con el portugués Gerardo Sempavor, más tarde eliminado en el Sur por repetidas traiciones a sus señores, o Fernando Rodríguez de Castro, que participó al lado

¹ Ch. E. DUFOURCQ. “Les relations du Maroc et de la Castille pendant la première moitié du XIII^e siècle”, *Revue d’Histoire et de Civilisation du Maghreb*, 5 (Argel 1968), 39-40.

² Algo dije sobre esto en mi artículo “Precisiones para la historia de un grupo étnico-religioso: los Farfanés”, *Alqantara*, IV (1983), 265-281.

³ En efecto, la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (ed. L. Sánchez Belda, Madrid, 1950, p. 162) “Quod tempore multa militia militum et peditum christianorum cum suo episcopo et cum magna parte clericorum qui fuerant de domo regis Ali et filii eius Texufini, transierunt mare et venerunt Toledo”; trad. A. Huici Miranda (*Crónicas Latinas de la Reconquista*, Valencia, 1913, p. 409) “En el cual tiempo muchos miles de caballeros y peones cristianos con su obispo y magna parte de clérigos que fuera de la casa del rey Ali y de Texufini, hijo suyo, pasaron el mar y vinieron a Toledo”. Justo en el año 1147 liquidado el imperio almorávide, cuando ya ‘Ali b. Yusuf había muerto en 1142, y su general Reverter había desaparecido en 1145.

de los almohades en el ataque a Ciudad Rodrigo en 1174, o su hijo Pedro Fernández que luchó junto al califa al-Mansur –el constructor de la Giralda de Sevilla- el día de la derrota de Alfonso VIII en Alarcos, siendo por ello excomulgado por el papa Celestino III en 1196, muriendo refugiado finalmente en el Magreb⁴, en Marrakech en 1214.

Estos casos de mercenarios luchando del lado de un señor musulmán en el Magreb no tenía nada de extraño. Ibn Jaldun (s. XIV) explica la razón en sus célebres *Prolegómenos*: “los reyes del Magreb admitieron en sus ejércitos a europeos (*ifrany*)... pues en el campo de batalla se mantienen firmes... porque constituyen las tropas más sólidas... con respecto a otros pueblos. Aún así, los reyes del Magreb no las emplean sino contra naciones árabes y beréberes para someterlas a su obediencia, pero no las utilizan en la guerra santa (*yihad*), porque temen que hagan causa común con el enemigo y traicionen a los musulmanes. Y esta es la situación todavía en esta época”⁵.

Pero además del móvil militar, existían también motivos de orden fiscal. La confianza de los soberanos magrebíes en la superioridad bélica de los cristianos, hacia que también se les empleara para la recogida de impuestos y tributos en áreas no controladas, o apenas, por el gobierno central. Y este cometido ya había sido encomendado a las milicias cristianas por el primer emir que las tuvo a su servicio en esas tierras. Fue en efecto el almorávide ‘Ali b. Yusuf (1107-1142) el primero en servirse de guerreros cristianos para esta clase de operaciones⁶.

Es de sobra conocido el hecho de que en la Alta Edad Media peninsular no existían por así decir fronteras religiosas. En tiempos de emires y califas había cristianos luchando en los ejércitos de soberanos musulmanes y al contrario, también encontramos musulmanes luchando o sirviendo a señores cristianos; por tanto hay que desterrar la idea de una tajante separación entre cristianos y musulmanes en el terreno militar. Desde los tiempos del emir de Córdoba al-Hakam I (796-822) ya había cristianos en su ejército. Es bien sabido que el califato de Córdoba fue militarmente poderoso, sobre todo en los tiempos de Almanzor y de su hijo al-Muzaffar, porque magnates e incluso reyes cristianos enviaban huestes a los amiríes para sus expediciones. No hace falta recordar que en tiempos de los reyes de taifas no pocos cristianos sirvieron como mercenarios en las huestes de algunos de estos régulos, el Cid es el más conocido, el cual, antes de hacerse con Valencia, sirvió al rey de Zaragoza entre 1081 y 1086.

Con todo, las relaciones entre comunidades no se desarrollaban nunca en pie de igualdad, sino marcando siempre una nota de incuestionable superioridad sobre las otras. La desconfianza mutua persistía, podía darse colaboración y al mismo tiempo lo opuesto, existir un tratado de paz y por otro lado ciertos particulares dedicarse a la piratería, por ejemplo en Marruecos, a sabiendas o no del soberano. Eso no impidió en manera alguna que los califas y sultanes magrebíes mantuvieran milicias cristianas mercenarias, empleando parte de esa tropa como guardia personal.

⁴ S. BARTON, “Traitors to the Faith? Christian Mercenaries in al-Andalus and th Maghreb, c. 1100-1300”, eds. R. Collins y A. Goodman, *Medieval Spain Culture, Conflict, and Coexistence. Studies in Honour of Angus Mackay*, New York, 2002, p.28. Citando los “Anales Toledanos I”, ed. E. Flórez, *España Sagrada*, 23 (1767), 399. (“Murió Pedro Fernand, fillo de Fernand Roiz en Marruecos, en XVIII diem de Agosto. Era MCCLII). Todavía en su relación de viaje el andalusí León el Africano, acabada en 1526, dice, hablando de Marrakech, “que hay en tal fortaleza once o doce palacios muy bien hechos y decorados construidos por Mansor. El primero de ellos disponía de una guardia de ballesteros cristianos, que solían ser quinientos, y precedían a su señor cuando se desplazaba de un lugar a otro. JUAN LEÓN EL AFRICANO, *Descripción General de África y de las cosas peregrinas que allí hay*, trad. del italiano y francés de Serafín Fanjul, Granada, 2004, pp. 169-170.

⁵ IBN JALDUN, *Muqaddima*, ed. Mustafa Fahmi, El Cairo, 1322, p. 217.

⁶ A. GARCÍA SANJUÁN, “Mercenarios cristianos al servicio de los musulmanes en el norte de África durante el siglo XIII”, eds. M. González Jiménez e I. Montes Romero Camacho, *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV*, Sevilla-Cádiz, 2006, p. 437.

Desde el punto de vista musulmán el estipendio pagado a los mercenarios no implicaba lazo vasallático respecto a los señores de éstos, ni subordinación política alguna; no era sino el salario por unos servicios prestados. Más bien se consideraba signo de superioridad musulmana, puesto que el magnate de turno podía pagar a tales asalariados y tenerlos a sus órdenes. El tanto por ciento destinado al rey castellano o aragonés se complementaba con la entrega de regalos que aseguraban a los califas o sultanes magrebíes la amistad de los reyes cristianos. Esto no tenía nada que ver con las parias, cobradas antaño a los reyes de taifas por ejemplo, un tributo fijo y humillante que provocaba el rechazo de los soberanos magrebíes⁷.

Primero, los reyes tanto en Castilla como en Aragón -mejor cabría decir en Cataluña- establecían tratados y ellos fijaban la cantidad de tropas a enviar al califa o sultán, así como la cantidad que se debía pagar a la corona y a sus hombres, además de las exigencias que ello conllevaba: iglesia, “sede de su consulado, o sea, en la alhóndiga, donde los hombres eran abastecidas de ropa, armas y otros objetos propios de las gentes de la milicia”. Los reyes de Castilla y de Portugal se desentendieron pronto de esta clase arreglos; no así los de Aragón, cuyos reyes mantuvieron durante mucho tiempo en sus manos los asuntos de estas milicias y el dinero que revertía a la corona por el servicio que prestaban en tierras magrebíes, principalmente en Túnez y Tremecén, donde el alcaide de la milicia, título conferido por el monarca aragonés al jefe de ella, era siempre un noble de reconocida alcurnia. Algunos de estos guerreros terminaban por convertirse al islam y entonces su influencia política crecía de forma considerable, como el caso de Hilal el Catalán, en la corte del emir Abu Tasufin ‘Abd al-Rahman I (1318-1337) de Tremecén⁸.

Las milicias castellanas (salvo en la época de Fernando III el Santo) o portuguesas parecen más formadas por caballeros desnaturados que, habiendo mantenido algún enfrentamiento con su soberano, toman la determinación de exiliarse en tierras de infieles; bien para luchar contra sus antiguos reyes, o simplemente para ganarse la vida, o incluso adquirir fortuna y prestigio como fue el caso del llamado Guzmán el Bueno, por no mencionar ahora más que a este personaje.

A veces fueron miembros de los propios linajes regios los que por disputas o querellas familiares y políticas emigran al Norte de África. El caso de los infantes castellanos Enrique y Fernando, hermanos de Alfonso X el Sabio, entre 1260 y 1265 -o más allá en caso del último- o el infante Juan, hermano del rey Sancho IV, a servicio de los benimerines -conocido por ser el responsable de la muerte del hijo del propio Guzmán el Bueno durante el asedio de Tarifa en 1294⁹- el infante Pedro, hermano del rey Alfonso II de Portugal (1211-1233); Jaime, hijo bastardo del rey de Aragón Jaime II -engendrado por éste en su estancia en Sicilia- que pasó varios años al servicio del soberano de Tremecén, desde 1324 a 1330, sirviendo de embajador de su señor africano y a la vez a los reyes aragoneses, a su padre y a su hermano; Napoleón de Aragón hermano del precedente y bastardo como él, pero de distinta madre, también siciliano, que entre 1324-1325 servía al sultán de Marruecos, después de servir en Túnez; terminó viviendo en Portugal, donde murió¹⁰. La lista podría alargarse.

⁷ Véase C. BATLLE, “Noticia sobre la milicia cristiana en el Norte de África en la segunda mitad del siglo XIII” *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, Murcia, 1982, I, pp. 127-134.

⁸ J. M^a. MILLÁS VALLICROSA, *España y Marruecos*, Barcelona, 1952, p. 91.

⁹ A. GARCÍA SANJUÁN, “Mercenarios”, 441. P. BARRANTES MALDONADO, “Ilustraciones de la Casa de Niebla”, *Memorial Histórico Español*, IX (1857), 164-174.

¹⁰ A. GIMÉNEZ SOLER, “Caballeros españoles en África y africanos en España”, *Revue Hispanique*, XII (1905), 323-343.

II. PAPEL DE LAS MILICIAS CRISTIANAS EN LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS MAGREBÍES. ASPECTOS ECONÓMICOS, POLÍTICOS Y RELIGIOSOS

El califa al-Mustansir (1213-1224), con el que la decadencia almohade se acentúa, tuvo al menos dos grupos de tropas cristianas mercenarias a su servicio: una acantonada en Maquínez a las órdenes de un castellano hijo de un tal Gonzalo el Refugiado y de “la hermana de Alfonso”, que había tomado el nombre Abu Zakariyya’ Yahya y se decía de ascendencia real. Este jefe de mercenarios vestía al uso almohade, siendo muy estimado por los musulmanes. No en balde, puesto que se había convertido al islam.

La otra milicia cristiana servía en Marrakech, y estaba comandada por un príncipe portugués, el infante Pedro, hermano del rey Alfonso II de Portugal (1211-1223). Este infante llevó con él a Joan Robert, canónigo de la iglesia de Santa Cruz de Coimbra para que ejerciera de capellán de la milicia cristiana de la capital¹¹. Estas milicias ayudaron al mantenimiento del califato almohade cuando, tanto por las luchas dinásticas como por la formación de poderes autónomos, iba a entrar pronto en vías de liquidación.

A la muerte de al-Mustansir comienza una lucha de pretendientes que durará una larga década. (Tanto el efímero califa al-‘Adil (1224) como su rival al-Bayyasi reclutaron contingentes de cristianos mercenarios peninsulares en sus ejércitos) Uno de ellos, al-Ma’mun (1227-1232), hermano de al-‘Adil, fue proclamado en Sevilla. Este califa no perdió tiempo en abandonar al-Andalus, dejándolo a merced de los reyes cristianos, no sin antes negociar con el rey de Castilla, Fernando III el Santo, la recluta de una tropa castellana destinada a formar una nueva unidad en su ejército. Esta milicia, formada por unos quinientos caballeros¹², amén de auxiliares, tenía por jefe al castellano Sancho al-Ifranyi, el Franco, que pasó allende en compañía del califa en 1229, contribuyendo a restablecer la autoridad de al-Ma’mun en Marrakech -repudiando allí la doctrina almohade- y en el sur del país. Obviamente las victorias y la estabilidad del califato dependían en buena medida de estas milicias, por lo que la opinión de sus jefes adquirió pronto no poco peso en las directrices políticas de un imperio cada vez más disminuido (pues los hafsiés de Ifriqiyya (Túnez) se independizarán en 1229 y los benimerines ocupaban ya parte del territorio del actual Marruecos desde 1212, surgiendo después la entidad política de los zayyaníes en Tremecén en 1236).

No está de más recordar que mientras las milicias catalanas tenían la primacía, sin tener el monopolio, desde época temprana en Túnez (también había castellanos, italianos, e incluso alemanes) y dependían directamente del rey de Aragón. En Tremecén, aunque hubiera milicias castellanas de época almohade, la primacía también era catalana; no así en Marruecos, donde la milicia catalana apareció a fines del siglo XIII, cuando llevaban allí casi un siglo las milicias castellanas y portuguesas.

Estas milicias movían a su alrededor, mercaderes, prostitutas, oportunistas de todo tipo y condición, pues la soldada cobrada por estos mercenarios cada mes suponía un foco de consumo y de servicios. Los mercaderes se encargaban de suministrar lo que necesitaran esos hombres. En ciertos casos no existía separación neta entre mercenario y

¹¹ Ch. E. DUFOURCQ, “Les relations du Maroc et de la Castille pendant la première moitié du XIIIe siècle”, *Revue d’Histoire de Civilisation du Maghreb*, 5 (Argel 1968), p. 47.

¹² IBN IDARI, *Al-Bayan al-Mugrib (qism al-Muwahhidin)*, Casablanca, Beirut, 1985, 284; trad. A. Huici Miranda, *Al-Bayan al-Mugrib fi ijtisar ajbar muluk al-Andalus wa l-Magrib por Ibn Idari al-Marrakusi. Los Almohades (Colección de Crónicas Árabes de la Reconquista. Volumen II)* Tetuán, 1953, I, 313, nota 1 (A. Huici Miranda desprecia por tendenciosa la cantidad dada por el *Rawd al-Qirtas* de 12.000 caballeros cristianos)

mercader. Algunos de estos soldados ejercieron, en efecto, de comerciantes y, mediante sus negocios, desempeñaban un papel político entre las tribus, llevándolas a veces a reconocer al califa reinante. Convertidos en agentes comerciales estaban abiertos a cualquier clase transacciones. Uno de ellos, un tal Juan Kis, intendente de la milicia castellana, servía de intermediario en el transcurso de las campañas entre el califa y los almohades en rebeldía, muchas veces deseosos de someterse. Hacia 1234 comerciantes cristianos frecuentaban la ciudad de *Yadmiwa*, a cuya autoridad Juan Kis enviaba regalos desde Marrakech a fin de facilitar sus operaciones comerciales en ese lugar. Este tráfico castellano desde el sur de Marruecos puede haber contribuido a facilitar la acuñación de las doblas de oro que aparecen en Castilla a mediados del siglo XIII, con el mismo peso que los dinares almohades, de los cuales eran copia¹³. Sabemos asimismo de la presencia de una milicia castellana en Trípoli al mando de Juan Martínez Navarro en 1270, y que algunos de estos castellanos acudían a Túnez por lo menos para adquirir telas en la alhóndiga catalana¹⁴.

Al socaire de esta penetración militar en el Marruecos – y dadas las exigencias de Fernando III de que los soldados de las milicias cristianas habían de tener sacerdotes a su lado y disponer de una iglesia en la capital del imperio- el papa Honorio III, alarmado por el número de esos mercenarios que se convertían al islam, tomó la decisión de institucionalizar la Iglesia en esas tierras¹⁵, nombrando al dominico fray Domingo obispo de Marrakech (1225) y al franciscano fray Agnello obispo de Fez (1226). El primero parece que nunca se personó en su sede; el segundo, cambiando Fez por Marrakech, figuraba en la sede episcopal de esa ciudad en 1237. Estos obispados dependían del arzobispo de Toledo, después del de Sevilla, una vez conquistada Andalucía Occidental. Aunque antes hubiera habido un leve trato epistolar de los papas con las iglesias africanas, ésta fue la primera relación directa entre el papado y los soberanos de Marruecos¹⁶.

Por más que la iglesia edificada en Marrakech fuera destituida por el pretendiente, y anticalifa a las veces, Yahyà al-Mu'tasim en las revueltas de los últimos tiempos del imperio almohade, sería enseguida reconstruida en el mismo año de 1232 por el califa al-Rasid (1232-1242), hijo de una cristiana y de al-Ma'mun, que había sido proclamado a la edad de 14 años, gracias a la enérgica ayuda prestada por el alcaide de la milicia castellana Sancho el Franco. Este hombre desempeñó entonces un papel político sin precedentes, ya que al-Rasid fue califa gracias a él. Un año después, en 1233, Gonzalo, hermano de Sancho, pasó a Marruecos con una nueva tropa de mercenarios, no sin haber saqueado Cádiz de paso; dado que esta ciudad había prestado pleitesía a Ibn Hud, sustrayéndose así a la obediencia almohade. Este jefe castellano de mercenarios desembarcó en Safi con el botín obtenido y los cautivos capturados, siendo éstos rescatados sin tardanza por los musulmanes del lugar¹⁷. Aun así estas milicias cristianas, como había sucedido antes con los almorávides, serían las defensoras de los califas de la dinastía hasta el final.

¹³ Ch. E. DUFOURQ, "Las relations..." p. 54, nota 79 y p. 62. Según J. PELLICER I BRU (*Repertorio paramétrico metrológico de los reinos hispánicos*, Barcelona-Madrid, 1999, p. 87), la dobla almohade tenía un peso "de 4.6 gramos. Este peso equivalía a la quincuagésima parte del marco castellano, patrón que se instaura en Castilla, según parece, durante el reinado de Fernando III el Santo".

¹⁴ C. BATLLE, "Noticias sobre la milicia...", *art. cit.*, p. 130.

¹⁵ Antes ya existía una Iglesia Mozárabe, pues sabemos que, tras las cabalgadas de Alfonso I el Batallador por Andalucía, muchos mozárabes fueron trasladados al Magreb en sucesivas deportaciones, y que un obispo de 56 años, aposentado en Fez, llamado Miguel 'Abd al-'Aziz, copiaba en árabe los Evangelios en 1137. J. SIMONET, *Historia de los Mozárabes*, Madrid, 1897-1903, pp. 752-753.

¹⁶ R. LAURIDO, *El cristianismo en el norte de África*, Madrid, 1993, pp. 77-78.

¹⁷ IBN 'IDARI, *Bayan*, ed. cit, 306; trad. II, 29.

Acaecida la muerte de Yahyà en 1236 pudo por fin radicarse el obispo Agnello en la capital del imperio, en Marrakech. Esta Iglesia Africana tuvo 32 obispos, pues el papado estuvo proveyendo titulares hasta el siglo XVII; aunque, salvo los primeros, casi ninguno de los obispos nombrados para Marruecos a lo largo de los siglos pasó a residir en el país, sino que desempeñaron funciones eclesiales en otras iglesias de España, especialmente como auxiliares de Sevilla, ya que Alfonso X concedió allí, en 1252, propiedades a la sede de Marruecos para atender a sus necesidades materiales y apostólicas¹⁸. En todo caso sabemos que hubo una alianza duradera entre Roma, Castilla y los últimos califas almohades, excepto con Yahyà al-Mu'tasim, habida cuenta la importancia adquirida por las milicias cristianas en el mantenimiento del poder de estos soberanos. Por tales motivos los contactos diplomáticos fueron frecuentes.

El papa Gregorio IX, en efecto, envió a al-Ma'mun una carta fechada el 27 de mayo de 1233, agradeciendo el buen trato que daba a los religiosos cristianos en su país, e incluso le proponía nada menos que su conversión al cristianismo. Durante el obispado del franciscano aragonés fray Lope Fernández de Ain, tercer obispo de la sede Marrakech (1240-1260), se dio la mayor actividad diplomático-religiosa emprendida por el papado respecto a la cuestión de Marruecos. Inocencia IV, visto el buen trato que se dispensaba a los cristianos por parte de los almohades, pedía en 1246 que se concediera a las milicias cristianas algunas ciudades fortificadas y ciertos puertos donde poder defenderse en caso de peligro, sin que ello supusiera la pérdida del dominio califal sobre dichas fortalezas, y desde donde podrían recibir auxilios del exterior¹⁹. Toda vez que en ocasiones estas milicias, al advenimiento de un pretendiente que resultase vencedor del señor a quien servían, se veían atacadas o diezmadas por el nuevo dirigente o por el estallido de una rebelión contra el magnate que las tenía a sueldo.

Entre tanto la Iglesia trababa de ganar adeptos, pero pocas noticias hay sobre esto. Sabemos, no obstante, que una pequeña comunidad cristiana existía en la ciudad de Salé y que sus miembros no eran solamente mercaderes europeos.

Gracias al buen hacer de este tercer obispo se inaugurará una renovada y dinámica misión diplomática, a pesar de que, como se ha dicho, no residió permanentemente en Marruecos, conservó el obispado hasta su muerte. En su época los Trinitarios lograron rescatar a trescientos cautivos en 1245. Mientras, el papa Inocencio IV, un año después, instaba a los franciscanos y a los maestros de Calatrava y Santiago para que redoblaran sus esfuerzos en pro del obispo Lope, para hacer renacer la cristiandad en esas tierras. Recomendando al nuevo prelado de Marruecos a los arzobispos de Tarragona y de Génova, así como a los obispos de Barcelona, Mallorca, Valencia, Narbona, Marsella, Pamplona, Burgos y Oporto, para que le ayudaran a propagar el cristianismo en las tierras magrebíes. Se puede deducir por la lista de los prelados destinatarios de esta bula, que los clérigos, soldados y mercaderes que frecuentaban esas tierras eran naturales de lugares mencionados²⁰.

Bien que al-Rasid muriese prematuramente, su medio hermano y sucesor, el califa al-Sa'id (1242-1248), mantuvo la misma política de su predecesor, puesto que protegió a los cristianos más si cabe que su antecesor, acordándoles privilegios y favoreciéndolos

¹⁸ R. LAURIDO, *El cristianismo...*, pp. 78-81. En 1246 Inocencio IV ruega a los reyes de Túnez, de Ceuta y de Bugía que protejan al obispo de Marruecos y a los frailes menores que el prelado juzgara a propósito enviar a sus estados, para atender las necesidades de los cristianos aposentados allí, así como aquellas de los mercaderes. M. L. De MAS LATRIE, *Traité de paix et de commerce et documents diverses concernant les relations des chrétiens avec les arabes de l'Afrique Septentrionale au Moyen Âge*, París, 1866, II, 13

¹⁹ M. L. De MAS LATRIE, *Traité de paix et de commerce*, II, 16

²⁰ Cl. E. DUFOURCQ, "Les relations...", pp. 57-58

con cargos importantes. La milicia cristiana, por supuesto, seguía siendo el elemento decisivo de su ejército. De hecho, hasta el final los almohades se encargaron de reforzar estas milicias cristianas. El alcaide Lope, por ejemplo, llegó de Castilla a Marrakech en 1261 para dirigir la milicia de al-Murtadà y tal vez de al-Watîq, el último de los califas de la dinastía²¹.

La desaparición del califato almohade en 1269 con la toma de Marrakech por los benimerines, dio lugar a que el territorio del antiguo imperio se cuartease en diversos poderes. Tres de ellos surgieron en el Magreb y uno en la península Ibérica: los hafsíes dominaron Argelia oriental, Ifriqiyya (Túnez), núcleo de su poder, y Tripolitania; los ‘abd al-wadíes o zayyaníes, Argelia occidental con capital en Tremecén; los Banu Marin en Marruecos, con centro en Fez; y, en fin, los nazaríes en Granada. Esta división significó en el plano político el fin de la hegemonía de los musulmanes en el Mediterráneo occidental y la dependencia económica magrebí de los mercaderes cristianos, catalanes y genoveses mayoritariamente, que buscarán hacerse con los mercados interiores y el dominio de las ciudades costeras estratégicas.

Los Banu Marin o Benimerines fueron los primeros en desarrollar una organización política desde su nueva capital la nueva Fez. Previamente, con la ayuda de las milicias cristianas, habían tomado Marrakech en 1269 y Siyilmasa en 1273, posteriormente los benimerines se hicieron con Tánger y Ceuta, merced a la ayuda de la flota aragonesa. Dueños del territorio nuclear del imperio, los benimerines adquirieron legitimidad, pues se consideraron herederos de los almohades, e intentaron con cierto éxito reconstruir el antiguo imperio. Abu Yusuf (1258-1286) incluyó en su ejército a los restos de las milicias cristianas que habían servido bajo los almohades y las repartió en guarniciones por las ciudades. Años más tarde atacó a Yagmurasan b. Zayyan (1236-1283) de Tremecén, que por entonces tenía a su servicio, a más de los grupos de milicias cristianas almohades acantonadas en su territorio, una milicia catalano-aragonesa numerosa, gracias al tributo anual que pagaba al rey de Aragón, que seguía conservando el privilegio de nombrar al jefe de su milicia. Pertrechado con esas fuerzas Yagmurasan pudo resistir el turbió marín²²; pues Abu Yusuf no logró hacerse con el reino de Tremecén a pesar de sus victorias.

Acuciado por la llamada de los nazaríes de Granada y aguijoneado por los numerosos refugiados andalusíes asentados en su reino, Abu Yusuf consiguió de los granadinos la cesión de las ciudades de Tarifa, Algeciras y Ronda en torno a Gibraltar, como bases de dominio del Estrecho, con vistas a una posible reconquista del valle del Guadalquivir. Sus expediciones (1275-1278), pese a vencer en un primer encuentro a los castellanos en Écija, se saldaron por un cuasi fracaso. Antes Yagmurasan había iniciado una ofensiva diplomática, dándose entonces el intercambio de embajadores entre Castilla y Tremecén²³.

Uno de los jefes de milicias cristianas más conocido y notable, durante estos años de guerras entre benimerines y castellanos, fue Alfonso Pérez de Guzmán, conocido como Guzmán el Bueno, quien, por desavenencias con Alfonso X, pasó al servicio de Abu Yusuf con setenta hombres entre allegados y criados. El soberano magrebí, conociendo la valentía de Pérez de Guzmán, lo recibió en Algeciras, complacido de tenerlo en sus filas, si bien el recién llegado convino con el sultán luchar a su servicio “contra

²¹ IBN ‘IDARI, *Bayan*, ed. cit., p. 283

²² J. ALEMANY, “Milicias cristianas al servicio de los sultanes musulmanes del Almagreb”, *Homenaje a D. Francisco Codera*, Zaragoza, 1904, pp. 135-159.

²³ Ch. E. DUFOURCQ, *L’Espagne catalane et le Mahgrib aux XIIIe et XIVe siècles. De la bataille de Las Navas de Tolosa (1212) à l’avènement du sultan mérénide Abou-l-Hasan (1331)*, París, 1966, p. 194 y nota 3.

cualquier nación del mundo”, salvo contra cristianos. Aceptada su propuesta, Abu Yusuf lo hizo guardia mayor de su casa y capitán de todos los cristianos que tenía a su servicio, unos seiscientos. A instancias del nuevo jefe de la milicia, el soberano puso en libertad a todos los cristianos cautivos que se hallaban en el reino, formando así un cuerpo de 1600 jinetes, que entre otros cometidos empleó para cobrar los tributos debidos por las tribus, cosa que siempre logró Pérez de Guzmán, sacando buena renta de dichas campañas tributarias, ya que el sultán le daba la mitad de lo recaudado, de lo cual el jefe cristiano repartía la mitad de esa cantidad entre sus hombres, hallándose entre ellos Gonzalo Sánchez de Troncones, que ejercería posteriormente decisiva influencia en la política meriní.

Pérez de Guzmán asimismo fue el encargado de llevar las sesenta mil doblas que el sultán benimerín dio a Alfonso X a cambio de su corona, cuando éste se encontraba aislado en la ciudad de Sevilla por la guerra civil que mantenía con su hijo Sancho IV.

Cuando Pérez de Guzmán volvió a pasar a la Península con el ejército de Abu Yusuf, se abstuvo de combatir a los cristianos; pero tomó parte en la campaña que el sultán su señor lanzó contra los nazaríes de Granada. A la muerte de Abu Yusuf, su hijo Abu Ya'qub (1236-1307), que no compartía la misma afición por las milicias cristianas, mandó reducir a esclavitud a aquellos soldados cristianos otrora cautivos y que su padre había liberado. Acto seguido, con la pequeña milicia que le quedaba, envió a Pérez de Guzmán a cobrar el tributo, a fin de deshacerse de él; pues mandó ordenes escritas para que en lugar de pagar fuera atacado por aquellos mismos a los que debía cobrar el impuesto. No obstante, al ser interceptado el mensajero y rehecha la misiva, el castellano logró cobrar el tributo, volviendo con lo recaudado a Castilla en 1291; pues había preparado el golpe de antemano, y unas galeras lo esperaban a él y a su gente en la costa para cruzar el Estrecho²⁴.

Con todo, sabemos que milicias cristianas continuaron al servicio de los soberanos benimerines, y que los jefes de esas milicias llegaron a ser tan poderosos que en la sucesión de sultanes lograron a veces imponer a su candidato contra el de otros partidos. Tal fue el caso del castellano Gonzalo Sánchez de Troncones, antiguo compañero de Guzmán el Bueno, que proclamó a Abu-l-Rabi' (1308-1310).

Tampoco prescindió de las milicias cristianas Abu-l-Hasan (1331-1348), quien lograría la máxima centralización estatal meriní, mediante el control del impuesto y una política expansionista gobernada por la proclama de la guerra santa, a fin de recuperar al-Andalus; pero los cristianos organizados en cruzada pelearon coaligados, participando junto a castellanos fuerzas portuguesas, inglesas, francesas y navarras, mientras las flotas de Aragón y de Génova terminaron con la llamada guerra del Estrecho, en la que se había ventilado el dominio del paso entre Europa y África. La victoria del Salado (1340) y la conquista de Algeciras (1334) -más tarde la de Gibraltar- resolvieron la cuestión, abriendo la navegación entre el Mediterráneo y el Atlántico a los europeos ya sin trabas. Los catalanes y genoveses aseguraron su presencia en el comercio magrebí, al tiempos que los genoveses se establecieron como potencia económica en Granada, mientras su colonia de mercaderes y banqueros de Sevilla se convertía en el motor de las actividades financieras de la monarquía castellana.²⁵

Resulta evidente que por parte de los musulmanes existía un reconocimiento de la superioridad de las milicias cristianas a la hora de combatir, y que ello daba ventaja al

²⁴ El relato casi novelesco de la estancia de Alfonso Pérez de Guzmán en África se halla recogido *in extenso* por P. BARRANTES MALDONADO, “Ilustraciones de la casa de Niebla”. *Memorial Histórico Español*, IX, Madrid, 1857, pp. 56-145

²⁵ J. A. GARCÍA DE CORTAZAR y J. A. SESMA MUÑOZ, *Historia de la Edad Media, Una síntesis interpretativa*, Madrid, 1999, p. 668.

señor que podía pagarlas. Esto a la larga, sin embargo, fue degenerando en cierta dependencia, cuando las milicias terminaban por convertirse en el principal sostén de los dinastas, llegando entonces a adquirir influencia de naturaleza política y no sólo militar. Y esto quedaba patente años antes, cuando el papa Nicolás IV, en 1290, consciente de la absoluta necesidad de los sultanes magrebíes de la fuerza de dichas milicias cristianas, les lanzó una velada amenaza de prohibir la salida de milicias de Europa para servirlos, a menos de permitir la labor de la Iglesia en esas regiones. Dirigiéndose a los caballeros cristianos y a todos los hombres de las milicias que servían en los ejércitos de los reyes de Marruecos, de Túnez y de Tremecén, les recomienda velar por sus vidas y por la religión cristiana y observar una conducta adecuada, tanto con los fieles como con los infieles, e insta a que reconozcan al enviado papal Rodrigo como su legado apostólico y obispo de Marruecos, al que deben obediencia así como a sus delegados en todo lo concerniente a la religión²⁶.

Las milicias cristianas siguieron durante el siglo XIV y parte del XV renovándose con contingentes cristianos que voluntariamente salían de la Península para incorporarse a ellas²⁷, tanto en Marruecos como en Tremecén, si bien en este último reino mencionado los efectivos eran tanto castellanos como catalanes. En Túnez los hafsíes se rodearon asimismo de una milicia de cristianos, pero éstos no llegaron a dirigir la política del Estado. La mayoría de esta milicia en principio procedía del reino de Aragón, pero comportaba también musulmanes andalusíes, expatriados a consecuencia de las grandes conquistas de los reyes cristianos en la Península.

No faltaron tampoco verdaderos príncipes castellanos, como don Enrique, hermano de Alfonso X, que permaneció cuatro años (1260-1264) al servicio del califa Muhammad b. Yahyà, hijo de Abu Zakariyya', fundador del estado hafsí. No se sabe exactamente cuando llegó el príncipe Fernando, también hermano de Alfonso X, que tomó parte en no pocas expediciones militares. Este príncipe y Conrado Capece organizaron un ejército de catalanes y aragoneses, sobre todo, así como castellanos, italianos e incluso alemanes, a más de andalusíes.

Fue en efecto, este príncipe y Federico Lancia, conocido gibelino partidario del rey de Aragón, los que hicieron frente a san Luis en el sitio de Túnez, lugar donde Luis IX de Francia moriría, estando en juego intereses comerciales y territoriales esencialmente; ya que Carlos de Anjou, hermano de san Luis, había sido coronado rey de Sicilia por gracia del papa en 1266, chocando con los intereses aragoneses; pues la infanta de Aragón era la última descendiente del postrero de los Hohenstaufen sicilianos. En Túnez fueron en realidad dos ejércitos cristianos –o el musulmán encuadrado por cristianos– los que se enfrentaron. La peste finalmente acabó con el propio rey francés y su cruzada²⁸.

Por otro lado se observa que la corte de Túnez fue un asilo abierto para los príncipes cristianos peninsulares descontentos o rebeldes, recibiendo allí la misma protección que notables moros encontraban en Castilla, Portugal y Aragón, o incluso mercenarios africanos. Es verdad que la permanencia de estos últimos en la Península “como asalariados de los reyes cristianos no fue tan duradera como la de los españoles en África, porque al desconocerse aquí las revueltas y sublevaciones, que mantenían siempre intranquilos a los príncipes musulmanes, hacía innecesaria la existencia de

²⁶ M. L. De MAS LATRIE, *Traité de paix et de commerce*, II, 17-18

²⁷ “El primero de septiembre de 1388, Juan I de Aragón autorizaba a Gilgerto Rovira, de Tortosa, para que se trasladara al reino de Fez, con cincuenta hombres de armas y diez mujeres públicas a su servicio, con objeto de tomar parte en la guerra contra los sarracenos.” J. ALEMANY, “Milicias...”, p. 54

²⁸ Véase Ch. E. DUFOURCQ, *L'Espagne Catalane et le Maghrib aux XIIIe et XIVe siècles*, pp. 120-121 y 303-307.

guardias especiales; redujose su enganche a los tiempos de necesidad”. Su organización era la misma que la de las milicias cristianas, su alcaide o jefe se entendía con el soberano cristiano, disponiendo de sus tropas en cuanto a dirección, paga y equipo, libre de toda injerencia, aun en las operaciones militares.

El más famoso de éstos fue sin duda el séptimo hijo de ‘Abd al-Haqq, fundador de la dinastía benimerín, ‘Abd al-Rahman, conocido por el nombre nombre de Rahu, que parece propio de la lengua zanata. Este príncipe vivía en Granada en 1303; de allí paso a Murcia y Valencia, poniéndose a las órdenes de Jaime II, rey de Aragón, en virtud de un compromiso fechado en diciembre de aquel mismo año, prometiendo este príncipe hacer la guerra a los enemigos de su nuevo señor. Sabemos que hizo la guerra a granadinos y castellanos (por la parte de Cuenca), sobre todo a los primeros. Destacados vasallos del rey aragonés ponderaron tanto el valor y la lealtad de este príncipe y de sus hombres como su pobreza, escribiendo al rey para que lo recompensase como se merecía, cosa que el rey atendió. Pero dadas las paces acordadas con Fernando IV de Castilla y con el rey de Granada, el aragonés en junio de 1304 lo mando volver a Marruecos²⁹.

Las milicias cristianas se perpetuarán hasta comienzos e incluso mediados del siglo XVI, para ser reemplazadas por los andalusíes emigrados, turcos y renegados. León el Africano habla de dos arrabales en la ciudad de Túnez, uno donde vivían los cristianos empleados en la guardia del soberano, y otro junto a la puerta de la marina, a media milla de La Goleta, donde se aposentan los mercaderes extranjeros, “genoveses, venecianos y catalanes”, un arrabal bastante grande donde vivían unas trescientas familias cristianas y musulmanas³⁰.

En cuanto a la Iglesia, en su relación con los benimerines, los papas optaron en seguida por apoyarse en los reyes de Aragón más que en los de Castilla; porque, aparte de ser históricamente feudatarios de la Santa Sede, empleaban una táctica más comercial que política en el Magreb, siendo por ello mucho mejor aceptados en esas tierras. Incluso los obispos eran nombrados entre el clero aragonés, aunque pasasen luego a depender del arzobispado de Sevilla. Desde el siglo XIII al XVII el episcopologio en Marruecos contó con treinta y dos obispos, de los cuales trece fueron franciscanos; doce dominicos; cuatro del clero secular; uno benedictino; dos, en fin, dudosos, tal vez franciscanos³¹.

La ausencia de responsables de la Iglesia en Marruecos no fue suplida por otros sacerdotes, salvo por los religiosos cautivos en las mazmorras del país. Aunque no por eso hay que olvidarse de los frailes (trinitarios, mercedarios, franciscanos y dominicos) que, a partir del siglo XIII, se dedicarán a la redención de cautivos.

²⁹ A. GIMÉNEZ SOLER, “Caballeros españoles en África y africanos en España”, *Revue Hispanique*, XII (1905), 299- 372, especialmente 352-372.

³⁰ JUAN LEÓN EL AFRICANO, *Descripción general de África y de las cosas peregrinas que allí hay*, trad. Serafín Fanjul, Granada 2004, p. 398

³¹ R. LAURIDO, *El cristianismo en el norte de África*, ed. cit., pp. 80-81

III. ATAQUES CRISTIANOS A LAS CIUDADES COSTERAS MAGREBÍES Y SUS CONSECUENCIAS (siglos XV y XVI)

Habida cuenta que sobre la fachada marítima magrebí convergían líneas comerciales de considerable interés para la economía europea, Portugal y España intentaron hacerse con las mercancías del tráfico caravanero proveniente del sur del Sahara: el oro y los esclavos africanos básicamente; pero también se buscaban aquellos otros productos propios del Magreb, tales como cueros, metales, lana, cereales, aceite, tejidos, e incluso madera; productos todos buscados por los mercaderes europeos para canalizarlos hacia los mercados de Oriente y del norte de Europa. Se quiso monopolizar, en una palabra, ese comercio. De ahí que la llamada guerra del Estrecho y la intervención castellana, portuguesa, genovesa, etc., fuera de la máxima importancia para acabar con el potencial naval magrebí, a fin de lograr vía libre hacia el Atlántico, llegándose después a la ocupación del litoral del Magreb.

Los precedentes de la ocupación de las ciudades costeras magrebíes comenzaron en 1236, cuando los genoveses enviaron una flota para desalojar de Salé a los murcianos andalusíes que buscaban hacerse con el dominio de ese puerto atlántico³² y monopolizar su comercio... Años más tarde Alfonso X de Castilla organizó una flota que tomó la ciudad de Salé en 1260, siendo saqueada durante veinticuatro días, llevándose cautiva a parte de sus habitantes, unos tres mil hombres, mujeres y niños. Abu Yusuf, sin flota, no pudo perseguir a los saqueadores; pero el soberano benimerín envió a rescatar a los cautivos a la ciudad de Sevilla en diciembre de ese mismo año³³. Ya con el declive benimerín Enrique III de Castilla atacó Tetuán en 1401 –la ciudad dada al corso entorpecía el tráfico por el Estrecho– el lugar fue semidestruido y, un tramo del lecho del río Martín, colmatado, quedando el sitio prácticamente deshabitado. Justo cuando se estaba dando la conquista de Canarias, que pronto se convertiría en otro punto de ataque hacia el Magreb atlántico.

En años de ese mismo siglo XV y poco después, Portugal toma Ceuta en 1415. Alcazarseguir en 1458, Azemmur en 1468, Tánger y Arzila en 1471; finalmente los españoles se aposentan en el litoral africano frente a Canarias en Santa Cruz de Mar Pequeña en 1476. En 1510 se puede decir que los españoles han sometido a tributo u ocupado todas las ciudades costeras de la tierra del Magreb en el Mediterráneo, desde Trípoli al este hasta el Peñón de Vélez, y desde Ceuta todas la demás ciudades costeras atlánticas han caído en manos portuguesas, salvo Salé, culminando al sur con la posesión española de Santa Cruz de Mar Pequeña. En suma, en menos de un siglo los europeos hispanos han encerrado a los magrebíes en el interior de las tierras.³⁴

La ocupación de esas ciudades o someterlas a tributo fue fácil, toda vez que eran autónomas o casi, y no podían recibir ayuda de un Estado que no existía. Portugueses y españoles, infundidos por cierta mentalidad de cruzada, se harán con una parte útil de los territorios magrebíes, a la vez que consolidaban su control sobre el comercio

³² Ch. E. DUFOURCQ, “Les relations”..., p. 55.

³³ A. BALLESTEROS BERETTA, “La toma de Salé en tiempos de Alfonso X el Sabio”, *Al Andalus*, VIII (1943), 89-128.

³⁴ Véase el mapa que adjunto, con la fecha de ocupación de esas plazas, confeccionado por Beatriz ALONSO ACERO, *Oran-Mazalquivir, 1589-1639: Una sociedad española en la frontera de Berbería*, Madrid, 2000, p. 471.

marítimo, que era un móvil muy preciso de la ofensiva. Los magrebíes incapaces de defender su propio comercio responderán con el corso (al igual que los harían los ingleses dos siglos más tarde ante el monopolio español de mercado americano). Esto engendraría unas consecuencias políticas, económicas y demográficas de gran alcance en todo el Magreb. Cerrados todos los portillos del Estrecho los portugueses facilitaron grandemente a Castilla la caída y conquista de Granada en 1492. La combinación de artillería con las nuevas técnicas en materia naval, alguna movilidad social y la unidad política posibilitaron la expansión española hasta convertirse en una potencia de primer orden.

En el siglo XV y hasta mediados del siglo XVI la dinastía wattasí (1428-1549) en Marruecos había llegado a tal debilidad que a los soberanos apenas se les obedecía; casi sin tejido administrativo y sin disponer de los medios económicos para subvenir a las necesidades de un aparato estatal medianamente eficaz³⁵, se veían incapaces de desalojar a los portugueses del país. Aunque se intentará contenerlos en el interior de las murallas de las ciudades dominadas, la solidez de las fortificaciones, la superioridad armamentística y su dominio sobre el mar, haría que los ejércitos wattasíes sufrieran en sus ataques muchísimas más bajas que los ocupantes.

Para impedir la sumisión de las poblaciones magrebíes a los portugueses y españoles de los presidios, los sultanes optaron muchas veces por desplazar a sus habitantes, o bien devastar la tierra alrededor de esos presidios. Las milicias cristianas poco a poco serán reemplazadas por renegados europeos y turcos.

Hasta la conquista de este rosario de ciudades en el litoral norteafricano, los comerciantes cristianos eran por lo general bien recibidos en los puertos magrebíes, incluso en las ciudades del interior, donde disponían de *funduq*-s para aposentarse. Los sultanes, por su parte, no veían inconveniente alguno en tener milicias cristianas a su servicio; pero la ocupación militar de los puertos, con las consecuentes racias para obtener botín y esclavos, cambió grandemente la visión que tenían los magrebíes de los cristianos³⁶.

Hacia 1500 las cosas empiezan a cambiar, los que van a ser los sucesores de los wattasíes, los jerifes sa'díes asentados en el Sus, inauguran una serie de ataques contra las ciudades ocupadas por los portugueses en el Magreb. En 1510 mercaderes españoles y franceses intercambian con los sa'díes artillería y pólvora por productos agrícolas, sin embargo los naturales del país se resisten al uso de las nuevas armas. Los sultanes sa'díes se vieron obligados a contratar renegados franceses e ingleses para manejarlas; gracias a eso pudieron tomar Marrakech en 1524. Hacia 1530 tanto los wattasíes de Fez como los sa'díes de Marrakech disponían de ejércitos que podían competir con los de los europeos. Los jerifes empiezan a atacar las posesiones portuguesas (Portugal contaba por entonces con un millón de habitantes a lo máximo), librándose de hacer lo mismo con las españolas. En 1541 cae Arcila, ante lo cual el rey portugués Juan III decide abandonar Safi y Azemmur en el mismo año. El jerife Muhammad al-Sayj enseguida se lanzará contra sus rivales los wattasíes y, valiéndose de tropas turcas, los vencerá en 1545, entrando en Fez. Esos mismos turcos lo asesinarán en 1557 enviando su cabeza a Estambul.

³⁵ JUAN LEON EL AFRICANO (*Descripción*, ed. cit. p. 281) relato: "A decir verdad, este rey cuenta con un gran dominio, pero su renta en corta, alcanzando apenas los trescientos mil ducados, de los que sólo una quinta parte llega a sus manos".

³⁶ BOUCHARÉB, A. "Las consecuencias socio-culturelles de la conquête iberique du litoral marroccain", ed. M. García Arenal y M^a J. Viguera, *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, Madrid, 1988, p. 493-494

Pronto sus sucesores, aprendida la lección, se aliarán con España para contrarrestar el poder turco, asentado ya en Argel y en Tremecén³⁷. Al mismo tiempo se dan una secuencia de sequías por todo el Magreb, a menudo seguidas de pestes con picos máximos cada 20 años, que van a asolar especialmente a Marruecos.

Según Rosenberg y Triki, las pestes de la Alta Edad Media que parecen no haber tenido gran incidencia en los países musulmanes, son indicio indiscutible de los efectos de la barbarie de esos siglos en Europa. Por tanto, la incidencia de estas catastróficas pandemias desde la segunda mitad del siglo XV, y sobre todo en los siglos XVI y XVII en el Magreb, va a dar lugar a una involución perceptible en todos los dominios³⁸. No deja de ser curioso, sin embargo, que a los magrebíes de una manera u otra se les acogiera en España, mientras que se daban facilidades a los moriscos para que emigraran al Magreb, y muchos en efecto lo hacían. Según los cálculos, parece probable que algunos sitios del norte de Marruecos y de Tremecén la población disminuyó en el orden de un 70%. Las consecuencias demográficas fueron graves y duraderas en esas regiones, y más aún si consideramos que se trataba de una población joven y fecunda la que emigraba; sobre todo mujeres en edad de procrear.

La gran hambruna de 1521-1522 fue seguida de una terrible peste, siendo indudablemente el acontecimiento mayor del siglo en esas latitudes³⁹. Después hubo una calma de unos treinta años en los cuales los wattasíes del Marruecos (y la región de Tremecén bajo el protectorado de los españoles a todos los efectos, hasta que los turcos se hagan con ella) atacados ya por los jerifes sa'adíes van a desaparecer. Éstos (siguiendo a aquéllos) establecieron un tratado de paz con España en 1529 con el emperador Carlos V, dándose entonces situaciones insólitas, como nos hace saber el autor del *Diálogo entre Pedro Barrantes Maldonado y un caballero extranjero*, comentando un hecho acaecido en 1540 dice: "Por las paces que África ha hecho con España, agora por once años, pasan de España a Berbería muchos cristianos de esta Andalucía con sus ganados, y los apacientan, y siembran en África, tan seguros como si sembrasen en Europa; y como aquella tierra es fértil, no menos que la campiña de Córdoba o la vega de Carmona, han cogido en ella tanto pan y traído a España que es cosa más para espantar que para contar"⁴⁰.

³⁷ Véase A. C. HESS. *The Forgotten Frontier. A History of the Sixteenth-Century Ibero-African Frontier*, Chicago, 1978, pp. 34, 42 y 53-56

³⁸ ROSENBERG, B. Y TRIKI, H. "Famines et épidémies au Maroc aux XVIe et XVIIIe siècles", *Hesperis-Tamuda*, XV (1974), 67.

³⁹ Durante los años 1521-1522, en efecto, la gran hambruna seguida de peste que se propagó por el Magreb, especialmente en el territorio del actual Marruecos, dio lugar a la conversión al cristianismo y emigración de muchas gentes magrebíes hacia la península Ibérica, la mayoría como esclavos a través de los presidios portugueses. Diego de Torres dice que "sobrevino gran peste y hambre en todas aquellas tierras, que se hurtavan los unos a los otros y se vendían a los Cristianos de aquellas fuerças y tan baratos que acontecía dar un Moro o Mora por una sera de higos o pasas, tal era el ambre y la carestía si no era de hombres (...) Oi día ai muchos esclavos en España avidos en aquella temporada de precio" (*Relacion del origen y suceso de los xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, ed. M. García-Arenal, Madrid, 1980, p. 101) Según el anónimo jerezano *Estracto de las ocurrencias de la peste que afligió a esta ciudad en el año de 1518 hasta 1523*, fueron unos 60.000 los moros que pasaron a España. Véase B. ROSENBERG y H. TRIKI, "Famines y épidémies au Maroc..." *Hesperis-Tamuda*, XIV (1973), 134-135 y XV (1974), 93-95. Conviene tener presente como lo ha afirmado H Kamen, y han apuntado otros historiadores, que algunos magrebíes emigraban a España, sobre todo en épocas de penuria, y que la esclavitud era el precio que debían pagar para su posterior integración. Esta prueba parece que no era excesivamente ardua, ya que las condiciones de vida de los esclavos eran parecidas a las de los criados. Véase A. KAMEN, "Mediterranean Slavery in the last phase: The case of Valencia, 1600-1700", *Anuario de Historia Económica y Social*, 3 (1970), 225-227

⁴⁰ P. BARRANTES MALDONADO, "Diálogo entre pedro Barrantes Maldonado y un caballero extranjero en que cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar y el vencimiento y destrucción que la

Estos hechos revelan, primero, que las treguas y tratados infamantes eran necesarios a los poderes hispano y marroquí, al tiempo que ambas partes se siguen presentando ante sus súbditos como defensores de la fe y de la guerra santa⁴¹. En segundo lugar, que el Magreb tardó en recuperarse de las continuas catástrofes demográficas, pues todavía entre 1636 y 1650 las buenas condiciones climatológicas y la poca población permitieron que más de cien naves cargadas de trigo partieran desde el Marruecos hacia Cádiz, Puerto de Santa María, Sanlúcar, Gibraltar y Málaga; sabemos igualmente que otros muchos barcos iban cargados de cereal a Portugal entre 1620 y 1623⁴².

Todo esto deja patente una vez más que las realidades económicas, comerciales, ganaderas, agrícolas, etc., en todos los contextos de confrontación no acaban con las relaciones vecinales, con los nexos mercantiles, con la defensa y explotación de bienes comunes entre las partes en discordia, sin que eso derribe por completo las barreras de desprecio entre los contendientes. “La proximidad física genera actitudes pragmáticas que permiten los contactos entre colectividades, pero no por ello se acaba con el prejuicio y el enfrentamiento”. Puede servirnos para ilustrar lo dicho la palabra *alharma*, recogida por el lexicógrafo Diego de Guadix en su diccionario, con licencia de 1593: “Llaman en la costa de Guinea .i. en Cabo Blanco y la Torre de Arguín a cierta retribución, o señal de reconocimiento, que pagan a los moros, alarbes los cristianos que van a la pesquería de los caçones; el tributo o la retribución que aquellos alarbes piden y los cristianos pescadores les dan, es tan vaxa y tan nada, como darles cada día no sé cuantas costras de vizcocho y una cántara de agua de la que llevan de España en sus nauíos; y a esta retribucioncilla la llaman alharma”⁴³.

Peste y hambrunas trajeron mucha gente del otro lado del Estrecho a España, que desde el siglo XVI se estaba convirtiendo en la primera potencia mundial, y estaba mejor organizada para absorber a la gente que llegaba, aunque no pudiera con tanta, pues muchos morían de miseria. Contaba, sí, con una administración sofisticada -que los países magrebíes no tenían- para proveer de suministros en caso de escasez, trayéndolos de Sicilia o de otros lugares. Entre los norteafricanos que venían a España en esas terribles coyunturas, unos se convertían al cristianismo por necesidad, otros lo hacían con mayor o menor convencimiento; incluso ciertos magnates lo hacían, pero, claro está, por motivos de diferente índole. Regularmente los descendientes de los últimos sultanes de una determinada dinastía pasaban a la Península donde, haciéndose cristianos, podían aspirar como nobles que eran a cargos y prebendas⁴⁴.

armada de España hizo en la de los turcos, año 1540”, *Tres relaciones históricas. Gibraltar, los Xerves, Alcazarquivir*, Madrid, 1889, p. 19

⁴¹ M. A. de BUNES IBARRA, “Prólogo” al libro de B. ALONSO ACERO, *Orán-mazalquivir, 1501-1639*, Madrid, 2000, p. 19

⁴² B. ROSENBERG y H. TRIKI, “Famines et épidémie au Maroc.” *Héperis-Tamuda*, XV (1974), 73

⁴³ DIEGO DE GUADIX, *recopilación de algunos nombres arábigos que los árabes pusieron a algunas ciudades y a otras muchas cosas*, ed. E. Bajo Pérez y F. Maíllo Salgado, Gijón, 2005, p. 276. Así mismo véase para estas cuestiones F. MAÍLLO SALGADO, “De la presencia española en el norte de África durante la modernidad. (Algunas claves para la intelección del proceso)”, *Proyección Histórica de España en sus Tres Culturas: Castilla y León, América y el Mediterráneo III*, coordinador E. Lorenzo Sanz, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 113-123

⁴⁴ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ y V. BERNARD (*Historia de los moriscos*, Madrid, 1978, pp. 132-133 y nota 16) nos recuerdan que Carlos V, en 1533, en real cedula, dirigida al Inquisidor General, don Alonso Manrique, le advertía que la descendencia de los reyes moros no impedía la obtención de hábitos y cargos de Inquisición.

Al cristianismo se convirtieron algunos descendientes de los reyes de Granada, de los hafsiés, de los zayyaníes, de los benimerines, de los wattasíes, y de los jerifes sa’díes. Véase M^a. J. VIGUERA, “Noticias sobre el Magreb en Juan Vicente Escallón”, *Al-Andalus*, XLIII (1978), 225-232

Con el señorío de los jerifes sa'díes en la totalidad de Marruecos en 1554 -y la toma en mano del resto del Magreb por los turcos o poco menos- sus dinastas acogerán a los moriscos hispanos y los colmarán de toda clase de mercedes, procurándoles, según los casos, ayudas monetarias, tierras cultivables, empleos en la administración pública y puestos en el ejército regular. Los sa'díes, con todo, parecen haber mantenido con los estados hispanos políticas de diferente signo: “una especie de tregua y de coexistencia pacífica con el reino de España, no exenta de precauciones y reparos, y una abierta hostilidad militar y diplomática hacia el reino de Portugal, hostilidad que perduró hasta la batalla de los Tres Reyes”⁴⁵, acaecida en 1578. Portugal por entonces ya apenas contaba con presidios africanos, el escaso beneficio que éstos reportaban para la seguridad de la navegación y el menguado provecho económico, en realidad no producían sino pérdidas.

Aun así, la corona española al hacerse cargo de Portugal en 1580 mantuvo el legado luso de Ceuta, Mazagán (*al-Yadida*) y Mogador, amén del propiamente español en el norte de África como Melilla, el Peñón de Vélez de la Gomera, Mazalquivir y Orán. Se mantuvieron los presidios portugueses atlánticos –e incluso llegarán a ocuparse Larache y la Mamora (*Mahdiya*) en el siglo XVII durante casi 70 años- para asegurar el tráfico comercial con América y para impedir el desarrollo del corso, sin que los resultados fueran siempre los esperados. La corona y la sociedad española, y la europea en general, se interesarán más por las Indias Occidentales y Orientales, mientras que los asuntos norteafricanos, una vez desaparecidas las milicias cristianas que servían de nexo entre uno y otro lado del Estrecho, sólo importaron a las costas e islas del Mediterráneo. Los tiempos eran ya otros.

⁴⁵ M. HAYYI, “Fuentes árabes de la historia de Marruecos y al-Andalus en los siglos XV y XVI”, *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, ed. M. García-Arenal y M^a. J. Viguera, Madrid 1988, p. 373